

TRIBULACIONES DEL CORAZON.

(Continuacion.)

Incauto joven! solo ha mirado su horizonte de púrpura, y ante su contemplacion embriagante ha quedado fascinado. Crédulo ahora en ese punto hasta el frenesí, ó ignora ó se rie de la fábula que nos pinta á la traidora serpiente cobijada tras de la atractiva rosa. A los prácticos consejos de la experiencia, que se manifiesta incansable por trazarle una via salvadora que, cual esperto piloto, le conduzca sin naufragio á la ventura en lontananza, responde ingrato con el desafecto desdeñ de la inconviacion de su alma.

Creyentes de afectos que no conocen, partidarios de ilusorias ideas, utopistas de imágenes alhagadoras, no pueden concebir ni aun por momentos, que eso que tanto ambicionan y tan bello les parece, haya de abrigar en su seno un germen destructor que, filtrándose en sus almas inespertas, les domine con su accion.

Pues bien: desde el pináculo de la dicha, desde la mansion de felicidad á que os creiais elevados, escuchad.

Para vuestros corazones vigorosos, pero sencillos, que aun no han pasado por el crisol de duras pruebas, nada existe sobre la tierra, nada que sea tan poético, nada tan supremo como el amor.... El amor, alma y vida de la sociedad, lazo de union que á todos nos comunica, y centro de movimiento y accion que nos impulsa alhagador. Ignorais todavia, y eso que de su exámen pende el futuro bienestar, que un abuso terrible y cruel, una creencia absurda y funesta viene degenerándole progresivamente desde su remoto origen. Un filósofo ha dicho: *«Todo sale perfecto de las manos del Criador; todo degenera en las del hombre.»*

Esa verdad eterna é incontestable, en nada se demuestra tan evidentemente como en el amor. ¡Ah! de ese precepto, el mas sublime de la creacion, ha convertido el hombre en sus errores una cuestion inmoral de existencia viciosa. En tregados á convicciones erróneas y las mas veces funestas, falsaron los mortales los dogmas mas grandiosos. Proclamando felicidad, la escarnecen terriblemente; la profanan porque no la comprenden. Felicidad, felicidad! Eco divino, acento que revela un mundo de gozes santo; palabra mágica que calma los dolores del desgraciado; imán que atrae; preservativo que anima; puerto salvador para el corazon tribulado; cielo del que penetre su gran cometido; gloria del que la sepa interpretar;

refugio del que padece. Tu fuistes, eres y serás el lecho de flores que Dios puso al mortal sobre al que te se aproxima con la aureola celeste de la tierra; tu santa mision, noble y grandiosa, circunda de un bien que siempre es nuevo. Oh! en tí todo es grato, todo bello, todo arrobador.

Pocos ó ninguno son los momentos que dedica el hombre á su buena comprension, que es lo que le facilitaria poder arrancar uno por uno los pétalos de que se viste la rosa de los encantos.

Pero desgraciadamente es muy comun tomar la ilusion engañosa por ese sentimiento inspirador, que es el emblema del cielo. Culpable error, que es del hombre martirio! Solo despues de algunos años de observaciones reflexivas; solo despues de alguna experiencia en el mundo de la práctica, se puede llegar á comprender y apreciar la sublimidad de su mision en la tierra, y por tanto la grandiosa influencia que en nuestros actos imprimen. Mas ¿dónde buscar su paso primero? su punto de partida?

La invasora imaginacion se lanza veloz sobre el espacio, cruza el infinito, se pierde en la inmensidad de los tiempos, busca la creacion, y se halla ante Dios formando y dando animacion á Adam, primer ser de la humana especie. Adam recibió de Dios el amor santo y sencillo como su autor; consolador y dulce cual su santa doctrina.

Pero Adam amante, atrajo sobre sí el divino desagrado.

Desde entonces su especie se difunde, la tierra se puebla, y el hombre lleva en su seno el germen de un amor mal comprendido.

Desgraciada humanidad! Aun no ha cumplido el hombre los diez y ocho años; aun no ha despojado su corazon inesperto de la sencilla naturalidad que caracteriza los dias mas tranquilos de su vida, y ya inclina su frente, y hondamente sumergido en un pensamiento fijo, ora se entristece, ora se alegra.

En esa edad de combates morales, de incesantes luchas, de batallar sin descanso, se constituye siempre en agresor porque no medita, porque su intrépido corazon, siempre avanzando, le grita sin descanso y con su tono profético: *eres fuerte, sostén la lucha.*

Esa impetuosidad de los años que tanto mal le causa; esas efervescentes ideas que interrumpen su sueño ó le asemeja á un delirio que encandee su mente, es toda lastimosa obra suya que homicida le corroe.

Limitad vuestro frenesí y atended á la verdad. A la marcha normal y tranquila, á la regularidad de sus movimientos, ha seguido en vuestros corazones la fuerza de nuevos descos, el latido del

amor. Ese nuncio de la edad juvenil, ese faro iluminador de la nueva senda en que entráis, os coloca con su influencia en la cruel acción de la fatalidad, ó en la posesión tranquila de los goces sin falsía. Despejad la imaginación de preocupaciones funestas; estirpad al pensamiento de ofuscaciones equívocas, y sobre el limpio terreno de las puras ideas, recibid con alborozo la divina inspiración.

II.

Fuerte el hombre por su constitución, debe ser sólido por sus creencias.

Si en su pecho late un corazón sensible, fácilmente accesible á la admisión de tiernos sentimientos tanto mas peligroso su paso sobre la tierra. Sin premeditación, mil momentos de amargura apenarán sus placeres. A la sensibilidad debe asociar la provisión, hermanar la rectitud y erigir como base una lógica profunda. En su marcha anhelosa tropezará frecuentemente con corazones desimpresionables ó escépticos, insensibles al latido del suyo, y de los cuales debe separarse como focos peligrosos. Una observación fija y atenta; detenida y profunda debe iluminarle y dar la salvadora convicción de que, ó no admiten ó no comprenden su abnegación sublime, sus rendimientos sinceros.

Jamás debe el hombre abrir su pecho ingenuo á un sentimiento que ven no es correspondido; nunca debe tributar impremeditadamente el tesoro del amor á quien no pueda interpretarles.

Objeto constante de un estudio invariable y creciente, de una atención digna y sin tregua, ha de ser la persona en quien se fija la amante mirada, los futuros deseos. Sus creencias, sus sentimientos, todo debe constituir un examen prolijo, cuyo exacto conocimiento cimentará mi porvenir tranquilo que es la vida. Sin ese principio único para el bien, sin esa adopción justa y razonable, solo verá el hombre en el corazón de la mujer, como dice Mr. Martín, un libro cerrado, del que ni aun lee su primera página, entregándose al acoso. Lamentable conducta que, atrayéndola un continuo malestar, arrastra en pos de sí una víctima desgraciada, de otro modo fuera feliz.

Pero ¡ay! si la vista se tiende so la sociedad en que vivimos; si contemplamos detenidamente su facción mas numerosa, repetida y elocuentemente nos indicará con palpitantes ejemplos lo funesto que siempre es juzgar con el destino. Guiados frecuentemente por un exterior engañoso; atentos solo á la fe vigorosa que nos guía acalorada, consagramos con entusiasmo alma y vida á una posesión que nos seduce y encanta. En el bullicio del día, en la soledad de la noche, todo nos atrae todo nos per-

sonifica un ser querido que ocupa nuestros momentos; que fija este destino. Ojalá que el percibido pasa á veces el cruel sacrificio de esos pechos que sucumben. Con qué estoica indiferencia se mira eclipsar unas vidas que mueren de consunción. Una mirada de agradecimiento, una sonrisa de gratitud, una palabra de consuelo puede salvarlas, mas los ojos homicidas se vuelven desdeñosos, los labios que sentencian se contraen indiferentes y abandonan al que sufre.

Pobre juventud! vuelve en ti y temple la fiebre abrasadora que circula por tus venas. Con una abnegación siempre en aumento, te entregas enloquecido á conquistar una simpatía en que se para para triunfante. La ciega fuerza del primer y único amor, le impele violentamente con su soplo huracanante. Ni aun táctica emplea para escalar su baluarte. Lleno de esperanza precoz, cree que es lo bastante para rendirla el desplegar en su campo y hacer ostentación de sus ramos designios, de sus sentimientos apasionados. En lucha estéril le abandonan sus fuerzas gradualmente, y la fe que le sostenía cede el imperio á ese cruel desaliento que lentamente le domina. Un decaimiento moral se apodera de su ser, un débil destello del raciocinio fugitivo se mueve espirante en su destrozada imaginación pronta á dejarle. Marcado lleva en su lívido físico mi triste anuncio de lo que interiormente sufre. Aquel brillo energético y forfrente de su fuerte pupila, voló con la desengañada ilusión de alhagadores ensueños. La pálida tinta con que cubre sus mejillas, atestigüa evidentemente el hielo que abriga su ya indiferente corazón. El antes risueño y alegre que nada oía de menos, que nada ambicionaba en la vida sino prolongarla para gozar, la posee ahora con indiferencia, mira al mundo despreciativamente, y con triste sonrisa de dolor quisiera advertir y contener á los que avanzan resueltos so las huellas aun impresas de su paso torcido. Cruel alternativa en que se colocan impremeditadamente los que ciegos caminan! Ese es el duro dogal que se ponen en el acceso de un vértigo que puede perderlos. Si á su corazón se consulta sobre lo que han menester, responderán prontamente nada quiero, nada sin el amor de la que adoro.

(Se continuará)

METAFISICA DEL AMOR.

(Continuacion.)

Al amor no le intimidan los obstáculos que se le presentan, por muy graves que sean, todo cree superarlo, por todo pasa y no hay medio que deje de emplear para vencer cualquier oposicion, adulado siempre con la esperanza del logro de su objeto.

Figurémonos una muger que por alguna de sus circunstancias, ya físicas ó intelectuales, haya hecho brotar en nosotros la fuente del sentimiento; que esa muger quizás conciba por su parte hacia nosotros el mismo sentimiento y que no obstante en nosotros podamos acercarnos á ella sin ser tachados de incontinencia sobita, ni á ella le sea lícito traspasar el estrecho círculo en que se ve confinada y dentro del cual se encuentran sus deberes. ¿Qué hacer pues? Ya creo haber dicho que no se sofoca fácilmente esta loca pasión una vez arraigada en nuestra alma; seguimos por lo tanto su primer impulso, pero pronto la razón nos dicta la verdadera senda trazada por el honor y la probidad. Se provoca así una lucha interna, reconcentrada de pasiones, lucha en que toman parte como principales antagonistas la cabeza y el corazón; la cabeza acusando, despreciando por indignas las bastardas voces del corazón y el corazón admitiendo y sancionando sus consejos pero careciendo de la suficiente energía y resolución para guiarse por ellos. Las causas que una y otro defienden es lo que conocemos por el amor y el deber, siendo este en la mayoría de los casos vencido por el primero, sino moralmente al menos en la parte material.

Vamos ahora á examinar que es lo que pasa en el interior de la muger. Ella nos ama, posee de esto una íntima convicción y quiere apesar de todo conservar á los ojos del mundo la misma dignidad que siempre, el mismo prestigio de conducta. Esto, lejos de parecerse á la virtud, no es otra cosa que un exceso de amor propio ó valiéndome de otra palabra algo mas dura aunque mas exacta, de vanidad. Muchos creen verla sacrificarse á su deber y la culpadean, pero es porque ignoran que lo que la mueve á comportarse así no es la conciencia de su falta sino su orgullo. Además, obrando de esta suerte consigue explotar las circunstancias de un modo negativo á su pasión y positivo para su honra. Cuántas reputaciones bien cimentadas se verían oscilar en sus pedestales, sin ese especie de freno que la sociedad impone á la muger: la apreciación pública! Ella tendrá ciertamente que ahogar el grito de su pecho, desmentirá su naturaleza de ser al-

tamente sensible, pero qué importa: si salva las apariencias, si el mundo la santifica.

El seductor amolda á esto su plan de ataque, y empieza la primera emboscada tendiendo á desviarla, segun él, de la ciega rutina que hasta aquí ha formado de sus deberes, y que hoy día no pasa de una mera fórmula: se apresura inmediatamente á pintarle el cuadro de su amor con tan vivos colores, tan mágicos efectos! De tal manera le comenta y exagera que á ella misma se le figura mucho mas grande, mucho mas ardiente é inevitable de lo que en realidad, y queda casi persuadida de que no está en su mano el contrariarlo por mas tiempo.

Algunos otros apelan á la gran argucia de poner en relieve los defectos del marido para acabar de inclinar á su favor la equilibrada balanza: porque un marido, por buen hombre que sea, siempre tiene su lado vulnerable y hé aquí la razón. Si es hombre grave, pacífico, y de reconocida conducta, fácilmente se le puede adoptar el título de papamoscas, calimudo ó otro equivalente; si es de genio bullicioso, elegante, de modales distinguidos, le atribuyen mil escándalos, le llaman calavera, camorrista, espadachim, trasnochador, etc. etc. todo esto excluyendo los casos de fealdad, nocedad, y demás faltas físicas con que se deja huir la susceptibilidad de la muger. No menos desventajosas al marido son regularmente las comparaciones, sobre todo cuando este descubre alguna debilidad, algun vicio ó alguna pasión, tales como adolecer de poca figura en su trato, ser propenso á la cólera ó tener carácter con su muger, es decir, no condescender á sus frivolidades, ni consagrarse á su servicio. El amante á fuerza de tiempo y estudio llega á conocer la índole del marido, analiza una á una todas sus deformidades á las cuales opone las correlativas bellezas que sintetiza en sí propio, resultando de aquí dos polos que se excluyen mutuamente, una negacion completa. Este contraste notorio á la muger la hace preferir como es natural el primer grado de la escala que marca el máximo de bondad y cariño al último que es su mínimo.

En todas las sociedades ha sido considerada la muger como una cosa material, ha ido resbalando por la inclinada pendiente de la vida lo mismo que un cuerpo sólido abandonado á su inercia y sujeta siempre á leyes fatales. Desde que viene al mundo solo ve por delante el largo carril de su existencia que la ha de conducir, sin que la sea dado desviarse un ápice de él, á su último momento. Tiene contados los años, los días y hasta horas, mas son esas tan parecidas que la hacen comparable á una flor efémora. Su única misión aquí abajo es halagar los sentidos del hombre, regalarle con su voz, perfumarle con sus besos y cubrirse de bálsamos mati-

zar su cuerpo con apretadas cintas para arrancar á sus labios una sonrisa de placer ó un rayo de luz á sus ojos. Luego cuando huye la rosa de sus mejillas, cuando un arco negro empieza á circundar sus párpados y brillan las canas de nada sirve. Aunque tiene imaginacion y discernimiento el templo de la ciencia la cierra sus umbrales cual si temiese una profanacion; y los caminos de la gloria tantos y tan espeditos al hombre, ella los encuentra interceptados. Para ella sola son obligatorios el recato, el honor y la vergüenza en tanto que el hombre infringe impunemente y sin escrúpulo á cada instante estas virtudes. ¡Cuántos maridos calparán á sus esposas de un falta que acaban de cometer y de disculparse sin embargo que el delito es delito donde quiera que se encuentre!

Triste por demás es la apología de la muger y renuncio á hacerla; mi único objeto es dirigirme á esos buitres con forma humana cuyo mayor gozo consiste en echarse en ese ser tan digno de compasion cuanto débil. Tal vez por su debilidad le sirva de juguete á esos rancios monómanos que no se cansan de llamarla «monstruo de hipocresia» «serpiente venenosa» y que si algun átomo de ponzoña circula en sus mórbidas venas ciertamente es el mismo que ellos la han infiltrado. ¿Dónde hay sarcasmo mas cruel que ese universal respeto, esa inviolabilidad con que rodean á la muger, con que la entronizan en público? Bajo el velo de la humildad ellos la acatan ante el mundo y privadamente se moñan de su impotencia, empañan el brillo de su hermosura y la hacen esclava de su conveniencia.

(Se continuará.)

CARLOS PIZARROSO.

Un episodio de la guerra civil.

Era yo un niño y aun recuerdo con horror algunos episodios de la guerra civil en la que disolviéndose los lazos sagrados de familia y luchando hermanos contra hermanos y padres contra hijos desoló por espacio de siete años nuestra hermosa patria. Vivía entonces con mi familia en un pueblo inmediato á los montes de Alamin, guarida constante de los secuaces de D. Carlos y donde dominaron algun tiempo sin que las fuerzas isabelinas pudieran contener aquella orda de hombres armados. Mi hermano mayor, cabeza de familia, concluida su carrera de abogado se habia establecido con nosotros. Como joven que era é instruido se decidió por la augusta niña Doña Isabel II y trató de unirse á los hombres de su misma opinion, comprometiendo no solo á estos sino á otros muchos á la defensa de sus personas y bienes que se hallaban to-

dos los dias, á merced de los foragidos. Su pensamiento fué secundado y bien pronto se reunió en torno suyo un fuerte partido que aclamándole por jefe se halló en disposicion de contrarrestar las fuerzas reunidas. Desde entonces las partidas facciosas miraron con respeto á dicho pueblo sin atreverse á atacarle al descubierto, y cuantas veces lo intentaron otras tantas fueron rechazadas con denuedo.

En un basto edificio, palacio que era de los marqueses, antiguos señores de esta villa y que se hallaba en la plaza pública se formó una especie de fuerte para si alguna vez se veian atacados por fuerzas superiores poder refugiarse en él las familias comprometidas como en última defensa. Siendo lo mas temible que pudiera ser comprometido el pueblo por la noche y sabiendo tenian los facciosos muchos espías en él habia siempre en dicho palacio una guardia preventiva. Para mayor seguridad jamás mi hermano pasó una noche fuera de él á donde se retiraba al toque de queda.

Habia tambien en mi pueblo una jóven dotada de singular belleza á la cual mi hermano amaba desde niño siendo á la vez correspondido con un amor igual. No habia bastado á romper este lazo la diferente opinion que profesaban las dos familias en términos que la de la jóven tenia dos hermanos jefes de facciosos, por lo cual se hallaba entonces ella sola con su padre. Siendo este perseguido por las autoridades constituidas, mi hermano habia podido muchas veces hacer cesar por amor á esta niña la persecucion que contra él se desencadenaba saliendo en varias ocasiones fiador de su conducta. Acaso por esta razon el padre consentia las relaciones amorosas de los jóvenes, pero sus hijos no podian sufrir un enlace que creian les deshonraba.

Un dia entró en casa de D. Pedro, que así se llamaba el padre de la niña un desconocido, tomando mil precauciones para no ser visto, presentó una carta que leida por D. Pedro

—Bien, dijo este; acaso tienen razon, y sea una obra meritoria á Dios el estermínio de los enemigos de la religion de nuestros mayores.

En seguida entró en su cuarto, y trazó con manos trémulas, pues á pesar de lo fanático que era su conciencia no estaba tranquila cuatro renglones que decian.

«A la hora de queda le acompañaré: estad escondidos en la primer bocacalle que hace esquina, y haced fuego sobre el que lleve un cigarro encendido.»

Entregó esta esquela sin firma al desconocido, quien guardando las mismas precauciones, salió del pueblo dirigiéndose á los montes de Alamin.

En esto conocerá el lector que era un espía de los hijos de D. Pedro y el asunto que meditaba era el asesinato de mi hermano, pagándole de este modo el amor que tenia á la hermana de aquellos y los favores que habia dispensado á su padre. ¡Pero cuanto no puede el odio en la guerra civil y mas cuando las almas están imbuidas en un ignorante fanatismo!

Todo aquel día le pasó D. Pedro en un continuo sobresalto: por un lado se creía otra Débora que iba á librar á su pueblo del gefe de sus enemigos y de su Dios; mas á la vez su conciencia le agitaba sin cesar, y se le ponía delante lo atroz y horrible de la acción que iba á cometer, y la ingratitud con que iba á pagar los beneficios recibidos. Su bella hija le preguntó mil veces la causa de su desasosiego, y sin embargo de las razones evasivas que la daba, pudo comprender por las palabras que se le escapaban que aquella noche iba á suceder algo extraordinario y la contraseña había de ser un cigarro encendido. Su corazón la presagiaba mil males, y su amor inventaba otros tantos medios para evitarlos, pero inútilmente, pues no sabía cual era la desgracia que la amenazaba.

Al oscurecer, como siempre llegó mi hermano á aquella casa. Desde luego notó algo de extraordinario. La mirada inquieta de su amada y el semblante taciturno de D. Pedro le hicieron poner sobre aviso. A esto se juntaba la presencia continua de este que otras veces acostumbraba á salir del cuarto á dar disposición de su casa, y aquella noche no se apartó del lado de los amantes evitando se hablasen solos, ni dirigieran una mirada.

Llegada la hora de queda, mi hermano se levantó para marchar, y D. Pedro se dispuso á acompañarle para no infundir alguna sospecha sino lo hacia. Aquí debo advertir que mi hermano jamás desprendía de sus labios el cigarro puro encendido, pues era fumador, y D. Pedro muy raras veces fumaba. Al despedirse fué á encender como tenía de costumbre el cigarro y al alargarle el fuego la inocente niña dijo á media voz.

—Cuidado con el cigarro.

Esta palabra dicha con toda intención aun cuando no le explicaba el sentido le hizo comprender ocultaba algún misterio y un peligro que era necesario evitar.

Saliéron de allí dirigiéndose al palacio que como hemos dicho servía de fuerte.

La noche era oscura y tenebrosa, y mi hermano dominado por un secreto temor iba formando mil cálculos sin poder alinar en ninguno el medio de evitar el peligro que bien veía se acercaba. Fiado en la palabra que había oído, apenas salió á la calle sacó de su petaca otro cigarro y le alargó á su compañero invitándole á que le encendiese á lo cual se negaba tenazmente.

Al llegar á la primer bocacalle en donde como llevamos dicho debían hallarse los asesinos dió la casualidad de que, diferentes gentes recogiendo á sus casas la atravesaban á la vez pero no dejó de notar mi hermano á pesar de la oscuridad, dos bultos ocultos tras una esquina. Entonces aceleró el paso y volvió nuevamente á invitar á D. Pedro á que encendiese otro cigarro. Creyendo este malogrado su designio por la gente que atravesaba en aquel instante la calle, y habiendo pasado del sitio en donde debía de cometerse el hecho no quiso infundir sospechas al

jóven y tomó el habano que mi hermano le alargaba le encendió y siguió su camino fumando.

Hallándose cerca del fuerte mi hermano que había apagado su cigarro en cuanto el otro le encendió se despidió de su compañero para entrar solo á donde le llamaba la obligación.

Aun no se había retirado veinte pasos de allí cuando dos detonaciones de trabuco que llegaron á sus oídos acompañadas de un ¡ay! moribundo le hicieron volver la cabeza viendo á su compañero caer al suelo herido de muerte. Conoció entonces el peligro de que se había salvado, dió un salto y se encerró en el fuerte, pero no sin que antes viera dos hombres que avanzándose sobre el muerto le descubrieron gritando á la vez. ¡Es mi padre!

Los dos hijos habían errado el golpe, pues según contraseña hicieron fuego sobre el que llevaba el cigarro encendido y habían asesinado á su padre.

Desde entonces no se volvió á oír hablar mas de ellos; se cree que murieron desgraciadamente, pues desesperados se habían en el primer ataque metido entre las lanzas enemigas.

LEONOR GARCIA FLORES.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

A una dama á quien no conocia.

FÉ.

Señora, si es tener fé
Creer lo que no se vé.
Como dice la doctrina
Fé tengo yo, y peregrina,
Y voy á probarlo á fé.

Varias personas me han dicho,
Y no ha sido por capricho
Que sois gallarda y hermosa;
Y yo he dicho: pues lo dicho!
No puede ser otra cosa.

No os he visto ni os veo,
Aunque juzgo en mi deseo,
Que alguna vez os veré.
Entretanto hermosa os creo
¿Negareis que tengo fé?

ESPERANZA.

Concedida esta virtud
Aunque pulsando el laúd
Canta así vuestra alabanza.
¿Cual debe ser mi actitud
En lo tocante á esperanza?

Ay! lo que solo es creer
Es gozar, no padecer;
Pero esperar es sufrir,
Que anhelar y no tener
Casi equivale á morir.

Tal es, señora, el tormento
Que en el alma experimento
Sin ventura ni bonanza.
Vos direis si lo que siento
Debe llamarse *esperanza*.

CARIDAD.

Mucho temo os enogeis
Cuando hablar así me veis;
Mas, señora, perdonad,
Y pues caridad teneis
Trátadme con *caridad*.

Virtud es esa que abiertas
Debe dejarme las puertas
Del eden que mi alma implora,
Pues sin caridad, Señora,
Las demás obras son muertas.

Si esto alcanzo, lograré
Lo que no en vano esperé
De vuestra innata bondad,
Y al mismo tiempo tendré
Fé, Esperanza y Caridad.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPAL.

Sofiar...

¡Oh que dulce es el soñar.
Cuando se sueña gozando!
¡Oh que risueño es amar,
Y en grata ilusion calmar,
Locos placeres soñando!
¡Oh que tormento es sentir.
Tan suave y loca dulzura,
Y en amores consentir,
Para despues maldecir,
Con su ilusion su amargura!
Sueños que me atormentais
Con tan seductora garra,
¿Para qué me abandonais,
Y al despertar me enseñais
La pasion que me desgarras?
Cuando es tan dulce dudar
Entre una y otra creencia,
Me venis á despertar,
Y vuelvo loco á llorar,
Mi acibarada existencia.
Déjadme con mis placeres;

No destruyais mi ilusion:
Y si abandonarme quierdes,
Que te abandone no esperes
Mi inocente corazon.
Ensueño que eres mi vida,
Solo me resta llorar
Mi loca ilusion perdida,
Y mi esperanza querida,
Tener tambien que olvidar.
¿Olvidarte yo, angel mio?
Antes me hicieran pedazos,
Que mi loco desvario
Recordara con desvio
Nos unen eternos lazos.
Déjame con mi soñar,
Deja que goce en su fé;
Porque es tan fácil dudar,
Que si ahora torno á gozar,
Al despertar lloraré.

Suscriptor.

MANUEL GAYA Y MARZAL.

A mi querido amigo Eduardo Moragas.

LA TRISTEZA.

¿Porqué dichas y placeres
Que son goces mundanales
Conviertes, dime, tristeza
En negras penalidades?

¿Porqué el júbilo acibaras
Sabiendo que la alegría
Solo un momento se goza
En esta rápida vida?

¿Porqué tan pronto señora
Te haces ¡ay! del corazon,
Dominando en el tu sola,
Y aumentando mi dolor.

¿Porque do quiera que miras
Ves lobreguez y ves luto?
¿Porqué al orbe tiranizas?
¿Porqué es tu dominio el mundo?

¿Porqué el cabello encanece
Tu horrible cavilacion
Y aun antidoto no tienes
Con que calmar el dolor.

¿Porque un instante tan solo
No das tregua á la alegría?
¿Porqué no enjugas el llanto
Que hace penosa la vida?

¿Porqué á do quiera que vayas
Y en do quiera que domines
Solo confusion y pena
En tu dominio existen:

¿Porque viéndote se caen
Las fiores de los pensiles
Cuya hermosura adornaba
Antes vistosos jardines?

Porqué el pájaro cantor
Que trínaba en la enramada.
Abandona su cancion
Y se esconde y ya no canta?

¿Es tu soplo el que desnuda
Al arbol de su ramaje,
Tu presencia á quien marchita
La hermosa alfombra del Valle?

¿Tú eres quien entristeces
A ese pájaro cantor,
Tú eres quien le haces
Abandonar su cancion!

Por tí mi pecho se oprime
Contrístase el corazón.
Y el mundo todo padere
Llanto, pena y afliccion.

Luis de MONTALVO y JARDIN.

Al enlace de un viejo con una joven.

Mi inolvidable Benito;
Jamás hubiera pensado
Verte tan pronto casado
Sin siquiera habermie escrito;
Es extraño, te repito,
Te cases sin decir nada
Y si es porque no te agrada
El que te toque un cencerro,
Desde este triste destierro,
Darte tengo cencerrada.

¿Pues no faltaba otra cosa?
Que uniéndote á tal edad
Con una joven beldad
Mi musa estuviera ociosa,
No hará tal; antes jocosa
Tu boda hará celebrada
Y por mi será cantada,
Mientras tocan á tu entierro
Desde un encumbrado cerro
Dándote la cencerrada.

Y no presumas que quiero
Que te mueras; nada de eso,
Por tu salud me intereso.

Cual amigo verdadero,
Pero que debiste infero
De tu boda darme parte
Dias antes de casarte,
Mas ya que así no lo hiciste
Y de mi consejo huiste
Cencerranda tengo darte.

Esperabas; ¡ya se vé!
Te diera la enhorabuena,
Armoniosa y muy auiena
Será la que yo te dé,
Sesenta lienes á fé

¿Que lo diga no te agrada?
Pues es edad demasiada
Para cumplir como debes:
Así no estrañes que lleves
Una buena cencerrada.

Pasando ya de sesenta,
Me parece amigo mio,
Que en tí se hallarán sin brio,
Los fuegos que amor ostenta,
Tu querrás según se cuenta
Ocho dias buenos darte,
Mas Benito, te engañaste,
Pues ya eres viejo caduco
Y yo como soy mas cuco,
Cencerrada tengo darte.

Me agrada la novia cierto;
Es rubia, bonita, buena....
Mas amigo me dá pena
Al considerarte muerto:
No es mi vaticinio incierto,
Pues tu pasion eptremada
No ha de reparar en nada....
Y al mirarte, pobre viejo
En los huesos y el pellejo
Darte tengo cencerrada.

Madrid 11 de Noviembre de 1857.

José GARCIA FLORES.

Variedades.

Quejábase un jóven de lo desgraciado que era por
que habia hecho el amor á diferentes niñas y todas le
habian despreciado.

Hijo mio, dijo un caballero que le oia: no te quejes
porque solo es dichoso el que las busca y no las en-
cuentra.

Saliendo de la Iglesia un confesor encontró á un
amigo suyo y le dijo: hoy es el primer dia que he en-
contrado un penitente con verdadero dolor.

Tan arrepentido estaba G contestó aquel.

¡Bah! dijo el padre, no es eso; es que el penitente
tenia un gran dolor de muelas.

Venian á Madrid dos Andaluces por la carretera de Estremadura: llegados á los llanos de Alcorcon desde donde se da vista á la corte uno de ellos que ya la habia visitado otras veces.

Compadre; dijo á su compañero señalándole al convento de San Francisco, que apenas se divisaba, desde aqui veo á un fraile en una ventana tomando chocolate.

Ciertamente, contestó el compañero; y á mi no me queda duda por lo que veo que el chocolate está hecho con leche.

El dia del Corpus se puso á hilar á la puerta de la calle una vieja de una aldea, pasó por allí otro vecino y la dijo: Abuela, ¿cómo trabaja V. siendo dia del Corpus?

¡Vaya un dia de Sta. Martina para santificarle! contestó ella.

Adviértase que Sta. Martina era la Patrona del pueblo.

CELEDONIO BARRERA PINEDO.

TEATROS.

NOVEDADES. En la noche del 12 se puso en escena en este teatro el drama en 3 actos, y en verso titulado *Duda en el alma, ó el embazado de Córdoba*, original del señor Olavarria. Los actores desempeñaron regularmente sus papeles respectivos y el señor Valero fué el que mas contribuyó al éxito del drama. El señor Olavarria fué llamado á las tablas al final del 2.º acto, pero no encontrándose entonces en el teatro se presentó en la conclusion del drama acogiéndole el público con sinceras muestras de simpatía. El interés que ofrece cada uno de sus actos, el fin tan moral que se propone su autor y la armonía que se advierte en toda su versificación le hacen digno todo elogio: esto lo ha comprendido la numerosa concurrencia que todas las noches llena sus localidades.

La empresa prefiriendo las obras de autores españoles á las traducciones que tan poca aceptación merecen del público, pondrá en escena el dia 24 dos escogidas funciones. *La paloma y los halcones*, comedia en 3 actos y en verso se ejecutará en la tarde de este dia, y el *Patriarca de Turia*, drama debido á la pluma de uno de nuestros aplaudidos escritores, se representará en dicha noche; no habiendo la empresa omitido sacrificio alguno para su buen éxito.

JOVELLANOS. La nueva zarzuela *La jardinera* que original del señor Camprodón, se puso en escena en este teatro en la del Sábado 12 con bastante buen éxito, si bien fueron reprobadas del público algunas palabras de las primeras escenas, ha sido prohibida á la tercera representacion por órden de la autoridad. Es de advertir que el argumento de esta zarzuela, traducido tiempo hace del francés por el Sr. Navarrete, fue mejor recibido en la escena que la malograda *Jardinera*, y aun esta misma con la correccion de algunas palabras y escenas hubiera seguido adelante. La música escrita por el Sr. Fernandez Caballero, tiene trozos de agradable entonacion, entre ellos

un terceto del primer acto y el final del segundo. El Sr. Salas ha estado inmejorable. Caltañazor ha dado á su papel todo el colorido que acostumbra, esforzándose en sus respectivos papeles el Sr. Salces y la señorita Murillo.

La empresa de dicho teatro para no desairar al público madrileño que en la presente temporada acude á él se apresuró á poner en escena la zarzuela *El relámpago* original del mismo autor. Sentimos este percance, pues no dejamos de conocer los muchos perjuicios que á las empresas teatrales se causan obligándolas á retirar una obra para cuya representacion han gastado sumas considerables.

Parece que este teatro celebrará las fiestas del natalicio del Principe de Asturias, con una vistosisima iluminacion de gas que dará gran realce á toda su fachada.

PRINCIPE. La dicha en el bien ageno, drama original del Sr. Serich y puesto en escena en dicho teatro, ha obtenido un éxito regular. Redúcese el drama á un episodio de la vida íntima. En el franco sargento, en las sencillas lugareñas, en el joven marino, y últimamente en las viciadas costumbres de la corte comparadas con la rusticidad de las aldeas; el pensamiento del autor ha sido trazar un cuadro moral é interesante. En la ejecucion no encontramos motivo de queja, si bien nos parece se ha obrado poco acertadamente en el reparto de algunos papeles.

CASCO. Entre las obras dramáticas que mas han llamado la atencion en estos dias figura en primer lugar la comedia en tres actos titulada *Podemos cabalero es don dinero* debida á la pluma de D. Antonio María Dacarrete: Esta obra original ha sido aplaudida con justicia, pues á su mérito reúne las cualidades de haber sido perfectamente desempeñada. Se le ha criticado sin razon que el primer acto promete mas de lo que es en sí, pero sin duda alguna se han equivocado los que la juzgan así. El primer acto llama la atencion por la mucha critica que contiene y que le hace aparecer mas interesante, pero el segundo y el tercero destinado á desenvolver la acción y á presentar el desenlace no desmerecen del primero, y tenemos el gusto de felicitar al Señor Dacarrete por su ingenio y buena critica que tantos triunfos le ofrecen en la carrera dramática.

El señor Romea ha trabajado con la perfeccion que le distingue y lo mismo decimos de la Sra. Llamadrid si bien el papel que desempeñaba no es de mucho incimiento.

Los demás actores han estado bien contribuyendo todos al buen éxito de la pieza.

Por la Redaccion.

El Secretario,

Celedonio PEROGORDO y RODRIGUEZ.

El editor responsable, ANTONIO NUÑALOS.

MADRID: Imprenta y librería de la viuda de Vargas é hijo.
Ancha de S. Bernardo, 17.